

El lento recuerdo de los días

Jordi Llavina

54 |

Éste es uno de mis poemas predilectos. Pero no únicamente de Espriu. Quiero decir que si tuviera que preparar una antología con los poemas que más he apreciado a lo largo de la vida que llevo consumida, el número 2 de *Cementerio de Sinera* figuraría indudablemente en ella.

De hecho, también debo decir que *Cementerio de Sinera* es el libro de Espriu que prefiero. ¡Nunca se han dicho tantas cosas, y tan bien dichas, con tan pocas palabras (con el permiso de Matsuo Basho)! Nunca se consiguió una tal concentración de lenguaje simbólico en poemas tan breves. Espriu es un buen poeta, quizás incluso un gran poeta. He de reconocer que, a copia de leerlo y, pues, de familiarizarme con él, hay rasgos de su estilo -quizás podría decir tics- que no me gustan demasiado. Su tendencia abusiva a anteponer el adjetivo al nombre, por ejemplo. O la debilidad por convertir tantos adjetivos en superlativos (Estellés también era

*¡Qué pequeña patria
rodea el cementerio!
Este mar, Sinera,
cerros de pinos y viñedo,
ramblizos polvorientos. Nada
amo sino la sombra
viajera de una nube.
El lento recuerdo de los días
pasados para siempre.*

Salvador Espriu.
Traducción de Ramon Pinyol Balasch
y Andrés Sánchez Robayma.



Una petita pàtria
encercla el cementiri!

Aquesta mar, Sinera,
turons de pins i vinya,
pols de rials. No estimo
res més, excepte l'ombra
viatgera d'un núvol.

El lent record dels dies
que són passats per sempre.

Salvador Espriu. Cementiri de Sinera. II. *ad eternum*

muy aficionado a ello). Pero los poemas de este libro son tan buenos que ni tan sólo oigo la enojosa música del calificativo ante el sustantivo.

No recuerdo la primera vez que leí el poema 2, que empieza con los célebres versos “¡Qué pequeña patria / rodea el cementerio!” Debe hacer, como mínimo, veinticinco años. En la Universitat de Barcelona diría que me lo explicó la profesora Glòria Casals, que nos informó sobre las características del cementerio de Arenys: la situación elevada, dominando el pueblo (y abrazándolo) y el mar. La gran potencia del lenguaje lírico es justamente ésta: la profesora nos daba datos importantes y esclarecedores para poder andar por el suelo del texto, mientras que yo había hecho discurrir mis particulares pasos interpretativos por otros caminos. De entrada, siempre había creído que la patria rodeada por el cementerio era la de los muertos y, por lo tanto, que el poeta nos hablaba no desde un lugar de desafección sino desde el que registra el pasado: la ciudad de los muertos. Me cuadraba que empezara su texto con este enfoque, por usar un término de la fotografía, y que lo acabara con dos versos admirables, rotundos, que ganaron mucho cuando Espriu, tocado por la obsesión de afinar siempre sus textos, los liberó de una conjunción que los unía a los versos inmediatamente anteriores (“Nada / amo sino la sombra / viajera de una nube / y el lento recuerdo de los días / pasados para siempre”).

Cementiri de Sinera es el libro de Espriu que prefiero. Nunca se han dicho tantas cosas, ni tan bien dichas, con tan pocas palabras

¿Cómo puede llegar a mejorar un texto con una decisión en apariencia tan pequeña; sutil, en cualquier caso! “La sombra viajera de una nube” es, desde luego, “el lento recuerdo de los días / pasados para siempre”. No es una cosa aparte. Espriu une la “sombra” y el “recuerdo”: una bella lección (en el sentido de la crítica textual, pero también en un sentido moral). Volvamos, ahora, al inicio.

El poema, en mi primera interpretación, empezaba situando el lector ante el cementerio -o, incluso, dentro del mismo camposanto. La concreción de la propuesta todavía se extremaba mucho más en los tres versos siguientes: “Este mar, Sinera, / cerros de pinos y viñedo, / ramblizos polvorientos”. Son versos de una luminosidad radical, que siempre me han recordado, por su excelencia, aquellos dos del *Canto de Ramon Luliano*, en que el poeta y filósofo medieval situaba el lugar de su iluminación: “Enfre la vinya·l fenolar / amor me prèns” (“Entre la viña y el hinojal / el amor me tomó”). En ellos, Espriu ha resumido el país: su país mediterráneo, el país del Maresme, el país de más arriba (la Costa Brava) e, incluso, el de más abajo (la Costa Dorada). El pueblo y el mar. El bos-

que -naturaleza indómita- y el viñedo -naturaleza ordenada. El polvo: aquí, sin embargo, bien concreto, también. En absoluto metafórico.

Este prodigio de concreción, de tantas cosas dichas que arraigan en la tierra -los muertos, un pueblo, pinos y viñedo-, se acaba con la fórmula “Nada amo”. El poeta nos ha mostrado su país. Como quien afirma: Aquí he venido al mundo. Aquí he visto la primera luz. Aquí moriré. Todo esto ya queda dentro del saco del amor. Un patrimonio moral. Las raíces de la vida, pero también la conciencia mortal. Y es, entonces, a partir de “sino la sombra / viajera de una nube” que Espriu nos hace saber que no sólo ama las certezas sino también aquello que ya ha dejado de serlo. El material quemado del pasado. El polvo de los ramblizos de la vida. Los días de nuestra existencia han pasado para siempre como la sombra viajera de una nube. ¡Ni como una nube!: como “la sombra” de esta nube. La sombra que se proyecta en la tierra, aún más evanescente que la materia de que está hecha la nube. La ilusión de nuestros días.

La pureza lírica de estos versos es admirable. Para mí, uno de los momentos cumbre de la poesía de Espriu.